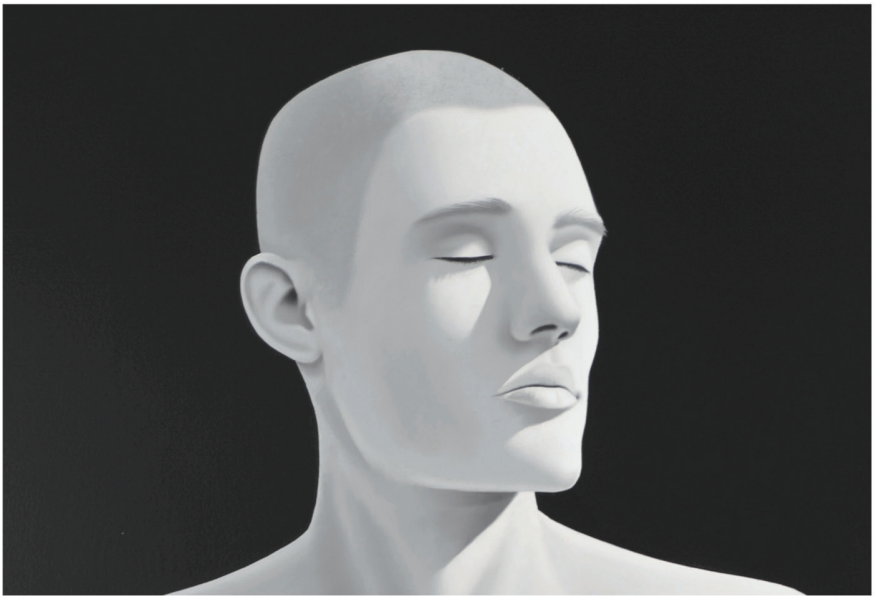


Jorge Carrión

Los muertos



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

JORGE CARRIÓN

Los muertos

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Para Eloy, Jaime, Juan, Mathias y Robert

PRIMERA

–… «no pasarán».
–Madrid.
–También a ellos les dieron. Primero disparan y después averiguan.
–Puedo verte.
–Te estoy observando.
–No te escaparás.
–Guzmán… Erikson 43.
–Transportarán un cadáver por…

Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*

1

El Nuevo y el Viejo

Nueva York, 1995. Un barrio en las estribaciones de la parte alta de Manhattan; ocho manzanas de edificios; cuatro; dos; una; en su lateral izquierdo: un callejón sin salida y, en él, un charco.

El Nuevo abre los ojos y siente el agua. En posición fetal, el perfil del cuerpo incrustado en el charco. Desnudo. Por la bocacalle pasa gente. Está solo, tirita. Sus retinas vibran, como si estuvieran en fase REM todavía. Tres figuras se detienen, al fondo. Una lo señala, pero el Nuevo no se da cuenta. Las tres figuras se convierten en sendos jóvenes: la cabeza rapada, cazadoras color caqui con las cremalleras abiertas, botas negras. Uno sonríe. Otro aprieta un puño americano. El tercero enciende la videocámara y dirige el objetivo hacia la víctima. La patada inicial le arranca al Nuevo un diente y detiene el parpadeo veloz de las retinas. Convergen golpes en sus carnes. «Bienvenido», le dicen; «bienvenido», repiten al ritmo de los puñetazos, de los puntapiés, de los pisotones. «Bienvenido, cabronazo, bienvenido.» Le escupen, a modo de despedida. El Nuevo es ahora un

cuerpo amoratado, cuya sangre mancha el asfalto y se mezcla con el agua sucia. Pasan cuatro segundos y dos convulsiones. Se abre una puerta, en el extremo del callejón opuesto a la bocacalle. Sale el Viejo y se lleva al Nuevo a rastras. Éste no opone resistencia.

El Nuevo abre los ojos y siente el calor de una manta. Una venda le cubre la frente. Bajo una luz frutal, la almohada esponjosa, las sábanas limpias, la manta a cuadros. «Ah, ¿ya te has despertado?», le dice el Viejo desde el quicio de la puerta, con un fardo de ropa en los brazos, «te dieron una buena bienvenida aquellos hijos de puta.» Deja el fardo sobre una silla. «El cuarto de baño está aquí al lado, saliendo a la izquierda, y aquí tienes ropa limpia.» El Viejo abandona la habitación y, a través del pasillo, se dirige hacia la cocina office, donde prepara un desayuno copioso. Llega el Nuevo vestido de negro y dice: «Gracias.» «Me llamo Roy», le dice Roy, ofreciéndole la mano derecha. Las arrugas de la frente y del cuello, junto a las canas, indican que se acerca a los sesenta años. «Yo no sé cómo me llamo», responde el Nuevo. «Me lo imagino, no te preocupes, es normal, necesitas tiempo… Te puedes quedar aquí un par de días, pero después tendrás que largarte.» El Nuevo asiente, tal vez porque no es capaz de realizar otro gesto.

Una mujer cabalga sobre un hombre. Es negra, tiene un bello cuerpo, sinuoso, con el volumen proporcionado, exacto. Una cicatriz le recorre la columna vertebral. Cuesta distinguirla a causa de la pe-

numbra, y del movimiento sexual, acompasado, que le sacude las nalgas y la espalda. Parece un tatuaje en forma de columna vertebral. Bajo la mujer está Roy, que la agarra por los muslos mientras la penetra. En algún momento sube las manos hasta la cadera, hasta la cintura, hasta los pechos, que amasa; después intenta alcanzar la espalda, rozar la cicatriz con las yemas. Ella se detiene. Lo mira: cortocircuito. Él baja las manos y sonríe apenas. Al cabo de tres segundos, el ritmo continúa. Empiezan a gemir, cada vez más fuerte; él tensa los brazos, de músculos duros y redondeados bajo el cuero viejo; ella se yergue y su silueta petrifica la marea de la carne, los pechos sobre la respiración agitada, los pezones magníficos, la cicatriz que no obstante se impone.

En la pantalla, un cuerpo desnudo recibe agresiones conocidas, inscrito en el aura vibrátil de un charco. La ventana se cierra. Se abre otra: en medio de un solar, a lo lejos, aparece de la nada el cuerpo desnudo de un adolescente: la cámara se acerca unos pasos hacia el Nuevo que acaba de materializarse, pero enseguida surgen dos hombres de gran envergadura que se interponen, con sus bates de béisbol, entre ambos objetivos (el de la cámara y el de quienes la están utilizando); se oye «mierda», se corta la filmación. «¿Está seguro de que desea eliminar este archivo?» «Sí.» Se abre otra ventana: plano fijo de un callejón sin puertas (contenedores de basura, dos escaleras de incendios). Se materializa, de pronto, un cuerpo de mujer. Desnuda y trémula. Fuera de cam-

po, una voz dice «está muy buena» y otras dos muestran su acuerdo. Entran en el plano tres cabezas rapadas, que se aproximan al cuerpo en posición fetal, lo sujetan y lo violan. Dieciséis minutos de plano fijo. Tres violaciones en la misma postura (ella boca abajo, dos sujetan los brazos, el tercero penetra). El espectador se encuentra en una butaca de cuero negro, abierto de piernas, desnudo. Sólo los hombres gimen; y los gemidos del vídeo se superponen a los del espectador. Tres arrugas, escalonadas, en la nuca y en la parte inferior del cráneo, se encogen y se dilatan al ritmo en que la mano derecha acelera o desacelera su vaivén.

Ha amanecido. Él se da una ducha; ella se queda en la cama. Mientras Roy se está vistiendo, le dice: «Si hacemos muy a menudo estas sesiones de gimnasia, podré dejar la bicicleta». Ella sonríe, seductora. «El Nuevo se va hoy mismo, así que mañana por la noche, si te apetece, puedes venir tú a mi casa y cenamos juntos.» Se despiden sin un beso. Él baja las escaleras –paredes tiznadas, botellas vacías, folletos publicitarios tirados por el suelo–, mira el buzón (vacío); abre su puerta y camina hasta el salón, en cuyo sofá está sentado el Nuevo, con la cabeza vendada y la mirada abstracta. «Muchas gracias por todo, le agradezco lo que ha hecho por mí, pero déjeme quedarme unos días más, no entiendo nada, no estoy preparado para salir ahí fuera», el tono de voz es lastimoso, pero no parece afectarle a Roy. «Eso es imposible, en ese callejón aparecen nuevos cada dos por tres, si a

cada uno que recojo lo dejara quedarse más de dos días, esto parecería un jodido albergue», la respuesta es firme, «tienes que irte: ahora». Acompaña las palabras con un movimiento de la mano: le da un billete. El Nuevo lo coge; baja la cabeza; pone la mano en el pomo, sin fuerza. Se vuelve hacia Roy. Lo mira. Se miran. La mirada de Roy no cambia de opinión. El Nuevo gira el pomo. Se va. Roy se relaja; destensa la mirada y los hombros; se desploma en una silla. La lamparita que hay sobre la mesa del recibidor pincela su rostro en claroscuro. Se golpea suavemente, con el puño cerrado, tres veces, el muslo.

El callejón está idéntico. El charco permanece en el mismo lugar: el Nuevo se agacha y resigue con el dedo índice la mancha de su sangre; rojo que ha empezado a desintegrarse en el gris asfalto. Dirige la vista hacia la bocacalle. Se queda quieto, en cuclillas, temblando levemente, sin moverse. Siluetas a paso ligero. Tres figuras que se detienen. El Nuevo se levanta y hace ademán de retroceder hacia la puerta del edificio que queda unos diez metros a sus espaldas. Pero las figuras prosiguen con su camino y el Nuevo no retrocede, sino que finalmente se dirige hacia el extremo de la calle y lo alcanza y ante él se abre una avenida inmensa, colapsada de movimiento: tres autobuses larguísimos y articulados, coches que –acompañados de bocinazos y gritos e insultos– se adelantan por la izquierda y por la derecha, bicicletas, carros de comida rápida, motos, motos con sidecar, peatones, jóvenes en monopatín y en aeropatín, quioscos mó-

viles y quietos, un tren monorraíl, muchedumbre de hombres y máquinas de algún modo en simbiosis, en un sentido o en el otro, a ras de suelo o a pocos metros del pavimento, manada o enjambre, híbridos. El Nuevo, apoyándose en la esquina, con la boca abierta y la retina acelerada, trata de normalizar su ritmo respiratorio.

«Anoche soñé que Nueva York era destruida», dice un viejo trajeado, de raya al medio, el nudo de la corbata perfectamente ejecutado, gemelos, reloj de oro, que está tumbado en un diván de terciopelo verde. «Es un sueño recurrente en muchos de mis pacientes», le responde una voz femenina, «casi siempre tiene que ver con el más allá… ¿Es usted religioso? Nunca hemos hablado de religión…» «No me considero una persona religiosa, tengo mis principios, siento algo que podría llamarse fe, fe en los seres humanos, fe en mí, en los míos, en mi familia, en mi ciudad, en mi país, por eso me ha inquietado tanto ver esta noche cómo esta ciudad era bombardeada, cómo ardía.» «Se lo pregunto», es una voz dulce pero no empalagosa, atractiva, ligeramente ronca, con fisuras, «porque algunas iglesias han utilizado ese sueño, habitual en tantos de los habitantes de esta ciudad, para defender que procedemos del Apocalipsis, incluso hay reuniones de personas que dicen *recordar* escenas de una misma destrucción… ¿Qué veía exactamente en su sueño?» En la pared hay un cuadro abstracto, en tinta negra, que podría ser una mancha de Rorschach. «Había una

sombra, una sombra gigantesca, que de pronto eclipsaba un rascacielos, y la calle, y a mí; yo me resguardaba del impacto de una roca o de un meteorito tras un taxi, a gatas.» «Puede ser un recuerdo, o mejor dicho: un falso recuerdo; puede ser una reacción psíquica a un miedo real: ¿usted le teme a alguien? ¿Hay algo más que quiera contarme?»

Roy ordena los libros de su biblioteca. En este momento coge *A sangre fría*, de Truman Capote, según se lee en el lateral del tomo, y lo coloca en un pilón sobre el sofá. *Historia de Australia*, *Alejandro Magno*, *Las mejores crónicas de 1990*, *1001 documentales que ver antes de morir*, *Las mejores recetas texanas*, *Mapas y poder*: va cogiendo, hojeando y desplazando cada uno de esos volúmenes. De repente, el Viejo cae sobre el sofá, de medio lado, la cara tapada por las manos. Durante algunos segundos, agitado, pronuncia «¿cómo? ¿Amor?», y ve lo invisible, y no percibe los libros, el salón ni su casa; hasta que se descubre el rostro y, con los ojos muy abiertos, se dice a sí mismo «ya pasó, ya pasó». Va al cuarto de baño a lavarse la cara. La vivienda está llena de estanterías superpuestas, de enciclopedias antiguas, de legajos, de revistas desparramadas por el suelo, de archivos. La televisión permanece encendida: «Nuevas noticias sobre el Braingate, la implicación de la CIA ha quedado al descubierto». Hay planos anacrónicos, fotografías en blanco y negro y cuadros abstractos colgados en los resquicios de pared que no ocupan los anaqueles y sus volúmenes

alineados. Se mira en el espejo durante algunos segundos. De regreso a la sala de estar, asoma la cabeza por el umbral de la habitación que ha estado ocupada durante algunos días. Un detalle llama su atención. Se acerca a la cama. Sobre la manta a cuadros hay algo. Lo coge, lo mira, dice «mierda».

Entre vagabundos arrodillados o tumbados, repartidores de publicidad, ciclistas con prisa y transeúntes anónimos, el Nuevo avanza cabizbajo, rechazando los flyers, apartándose cuando le gritan. «Tú eres nuevo, ¿verdad?», le pregunta un mendigo cargado de crucifijos, en un tono que quiere ser amable pero suena amenazador, «dame un billete y rezaré por tu identidad». El Nuevo reacciona metiéndose las manos en los bolsillos de la cazadora y acelerando el paso. Un zepelín sobrevuela la avenida y la atmósfera se llena de objetos ligeros y dorados, lluvia de publicidad. El Nuevo se detiene en un puesto de hot dogs y pide uno. Su único billete se convierte en un puñado de monedas. Devora. «Eres nuevo, ¿no es cierto?», le dice el vendedor. El Nuevo no responde y sigue caminando. Atardece. El paso de otro zepelín hace que levante la mirada: se fija en un cartel: «¿No sabes quién eres? Yo te ayudaré. Adivina Samantha. Leo tu pasado». El Nuevo entra en el edificio, sube las escaleras y llama a la puerta, ostensiblemente nervioso. Le abre un chico joven, la melena recogida por un pañuelo: «¿Usted? ¿En qué puedo ayudarle?». El Nuevo no responde. «¿Desea ver a Samantha? ¿Le digo que ha venido?», pregunta con

voz calma. El Nuevo titubea y, al fin, alcanza a preguntar: «¿Cien dólares?»; pero no aguarda la respuesta. Retrocede dos pasos y sale corriendo. Regresa a la avenida, que continúa con su agitación híbrida, por donde camina hasta que tuerce a mano derecha por una calle sin nadie. Se hace de noche; busca un portal desierto; se sienta en el primer escalón; apoya la espalda en la pared.

«He dejado que se fuera», dice Roy por teléfono, mientras da puntapiés suaves a una bicicleta estática. «No puedo creer que haya sido tan tonto, pero he dejado que se marchara.» Asiente varias veces. «Sí, te digo que ha dejado sobre la cama una señal», dice. Después escucha durante unos minutos, con el rostro claramente compungido, mientras al otro lado de la línea alguien le da instrucciones. En la mano sostiene un pequeño gato de papel de aluminio. Ejecución perfecta del arte del origami. Cuelga. Va al estudio. Con el ceño fruncido, Roy amplía en la pantalla de su ordenador imágenes del callejón registradas por una cámara de seguridad, hasta encontrar un buen plano de la cara del Nuevo; imprime; sale a la calle. El Nuevo duerme. Roy se cruza (no hay detención, no hay reconocimiento) con el hombre que le contaba su sueño de destrucción a su psicoanalista. El Nuevo duerme. Roy camina e interroga periódicamente «¿ha visto a este hombre?». El Nuevo duerme. Roy insiste. El Nuevo duerme. Roy pregunta entre el énfasis y la derrota. La oscuridad oculta al durmiente; a su lado, diminuta, una pequeña oveja hecha de papel.

2

Cicatrices

«¿Ha visto a este hombre?», le pregunta Roy al conductor de un autobús, quien niega con la cabeza al tiempo que cierra la puerta. Encadena varias respuestas semejantes. Pasan las horas. Regresa a casa. Ya no hay sangre junto al charco, que ha crecido. La luz del pasillo y la del salón están encendidas. «¿Selena?», nadie responde. Se altera. Descuelga un cuadro y lo coge con las dos manos, a modo de arma contundente. Camina con pasos cortos hacia el salón: no hay nadie. Enfoca la cocina: Selena, la piel negra iluminada por la luz del extractor de humos, remueve un guiso con una cuchara de palo. Tiene puestos los auriculares y mueve las caderas al son de una música que sólo escucha ella. Roy se relaja, sonríe a medias y deja el cuadro sobre el brazo de un sillón. Selena le ve acercarse, se quita uno de los auriculares y le da un beso. «Era el plato que nos preparaba mi madre en los días de fiesta», le dice. «Lo recordé hace poco.» Él no reacciona. «No hubo suerte, ¿verdad?» «No, cómo pude ser tan tonto, joder, cómo pude dejarle escapar.» «Tú no sabías quién era, mejor

dicho, tú no sospechabas quién es posible que sea.» Sirve vino en dos copas. Sale humo de la olla. «Porque no olvides que sólo tienes eso», señala el gato de papel. «Y eso, por sí solo, no significa nada.»

Tres gigantes uniformados se lo llevan por la fuerza. En el interior del furgón gris metalizado hay una docena de hombres y mujeres de todas las edades. El que está sentado frente al asiento que ocupa el Nuevo tiene una cicatriz perfectamente circular, del tamaño de una huella dactilar, en el centro de la frente. «¿Y tú qué coño miras?» «Nada, nada, perdona», dice el Nuevo, mientras clava su mirada en el suelo del vehículo. Se abre la puerta: «Venga, venga, bajen, venga, bajen». Todos obedecen. A empujones, van entrando por un portón de garaje. Un altavoz les exige: «Colaboren en su proceso de higienización». Son sentados en butacas, donde los esperan barberos para cortarles el cabello con máquinas de afeitar eléctricas. A continuación, en un vestuario, se desnudan, mujeres y hombres, y dejan sus ropas y pertenencias en cajas de plástico. Uno roza intencionadamente un muslo femenino y recibe inmediatamente un golpe de porra en el hombro. Pasan, en fila, por un tren de lavado: agua fría a chorro, jabón y espuma, diez nuevos chorros, más finos, de agua caliente, nube de vapor, tubos de aire y vapor. La mujer y el adolescente que caminan delante de él tienen sendas cicatrices. Ella: una línea de unos treinta y cinco centímetros, que nace en el omoplato derecho y termina a la altura del riñón izquierdo. Él en toda la espalda:

una cicatriz de unos cincuenta centímetros cuadrados de superficie, carne torturada. Otro vestuario. «Sus ropas les serán devueltas una vez sean también higienizadas; mientras tanto pueden utilizar éstas, que les proporciona gratuitamente la alcaldía de la ciudad»: la voz metálica de un altavoz. Son uniformes blancos y ropa interior también blanca. Con la cabeza rapada y vestido de blanco, el Nuevo parece otro hombre.

«Ya sabes lo importante que es para la comunidad», le dice una voz a Roy, por teléfono. Él asiente. «Seguiré buscando.» Sale del apartamento. Sube las escaleras. Llama a la puerta de Selena. Nadie responde. Abre el buzón (vacío). Vuelve a su casa. Se turba: parece esar viendo algo; algo que se mueve entre los libros y las revistas y los cuadros; algo que sólo puede ver él. La visión desaparece. Respira hondo. Bebe un vaso de agua. Coge la cazadora. Sale a la calle. Mientras camina, se materializa una niña sobre el charco. No debe de tener más de seis años. Está desnuda; y sus retinas, enloquecidas. El pelo se le moja: negro sobre el gris asfalto. Roy dice «mierda» y pasa de largo. Pero en la bocacalle se detiene. Repite: «Mierda». Y retrocede. Coge a la niña en brazos, «todo irá bien, pequeña, todo irá bien», le susurra. Antes de entrar en su portal, levanta la mirada y la dirige hacia las ventanas que dan al callejón. Se retiran rostros, precipitadamente; se corren cortinas. Roy asiente, con indignación, varias veces y, antes de entrar, escupe.

En la cola de la comida, el Nuevo se sirve pasta en la bandeja. «Gracias.» Sin previo aviso, recibe un codazo. La bandeja salta por los aires, la comida se derrama por el suelo. Antes de que pueda volverse para ver quién le ha atacado, su agresor recibe tres porrazos en la espalda y es esposado por dos vigilantes; a los pocos segundos, los altavoces advierten: «Deben controlar su agresividad, proceden de un pasado muy violento, deben rebelarse contra los impulsos que han traído con ustedes». El Nuevo coge la bandeja y vuelve a hacer la cola. «¿Por qué no te has defendido», le pregunta un adolescente de rasgos asiáticos. «No lo he visto», se excusa el Nuevo; «pero tampoco sé pelear.» Se sientan juntos, en una larga mesa llena de comensales idénticamente uniformados. La mayoría come mecánicamente, con la mirada fija, sin pestañear. Sólo algunas miradas parecen incómodas, prisioneras.

«Es demasiado joven como para soportar la materialización, mira cómo tiembla». Las miradas de ambos coinciden en el sofá, donde la niña permanece arropada y trémula. «Ni lo pienses», dice Selena. «Es el primer niño que aparece en el callejón en cinco años…» «Ni lo pienses», repite ella. «¿Desde cuándo eres telépata?» «Te conozco, cariño, te conozco.» Sonríe él: «Pues te equivocas». Se ha sentado en el sofá, acaricia el pelo de la niña: «Ni siquiera se me había pasado por la cabeza». Ella lo mira, divertida y escéptica, desde el umbral. «Mañana mismo la llevaré a un orfanato y en una semana nos ol-

vidaremos de que existió… Por cierto, ¿cómo la llamamos?» Selena se indigna: «¡Roy!».

«¿Tú te acuerdas de algo?» «No, de nada: tengo el cerebro lleno de blanco.» Están en sus respectivas camas, en un pabellón repleto de ellas: cientos de personas durmiendo. Cientos de nuevos. Cientos de cabezas afeitadas. Cientos de blancos horizontales. El otro es el adolescente de no más de dieciocho años y facciones orientales. «Yo me acuerdo de algo: una espada y un hombre volador, ya ves, qué tonterías, pero no me los puedo sacar de la cabeza, a veces estoy en la cola del baño o en el comedor y todo desaparece y la espada está ahí, delante de mis ojos, pero yo no la empuño, ya ves, y el hombre está por ahí volando, y todo es una gradación de grises.» «Venga, duérmete», le dice el Nuevo. «De acuerdo, buenas noches», le desea el otro nuevo. Cuando al fin le acompasa la respiración el sueño, el Nuevo cierra los ojos y gime, como si llorara. Pero no.

La habitación tiene las paredes forradas de ositos rosas, una lámpara en forma de globo aerostático, alfombra color arena. Jessica se sienta en su cama. En la otra, una niña de su edad, recostada en los almohadones, está leyendo un álbum ilustrado. Recibe a su nueva compañera con una sonrisa: «Hola, me llamo Aura, bienvenida». Jessica sonríe a su vez, pero no habla. Se desliza en la cama, hasta quedar acostada, sin desvestirse, fingiendo que se duerme. La saturación de osos y la lectura de Aura, que parece impostada, de pronto, se leen como amenazas.

«Creo que mi auténtico problema es el callejón.» «¿A qué te refieres, cariño?» «Fíjate que nunca salgo por la puerta principal y que casi nunca uso el coche… jodidas puertas traseras.» Se abre la del despacho ante el que Selena y Roy esperaban: «Perdonen la demora», se disculpa la directora, la mirada escudada tras unas gafas metálicas. En la pantalla del ordenador se representan en directo las dos niñas en su habitación: «La mudez es una reacción normal en caso de reintegración a edad temprana», les cuenta a Roy y a Selena la directora del centro –a sus espaldas, fotografías de la institución (un rascacielos inacabable) y diplomas–, «no obstante, se trata de un problema de solución más rápida si el infante convive con adultos, aunque sólo sea el fin de semana». Roy mira a Selena; pero ella se mantiene firme, las pupilas clavadas en uno de los diplomas. «¿Eso también se lo enseñaron en Harvard?», le espeta, de pronto. «Porque cualquiera sabe que todo lo que tiene que ver con el más allá y con la llegada y con la iluminación, o como se les quiera llamar, es un absoluto misterio, que sólo tenemos teorías para aliviarnos, pero ninguna certeza.» «Perdone que le diga que disponemos de estudios que demuestran que…» «Estupideces, vámonos, Roy.» «Discúlpenos, doctora, le agradezco mucho que haya acogido tan rápidamente a Jessica y que le haya conseguido una habitación en este centro, mi… Selena está alterada, demasiadas emociones, le ruego que nos perdone…» La directora asiente, entre abstraída y conciliadora, como si la

costumbre también la hubiera preparado para esa situación concreta. La pareja abandona el despacho.

En la pantalla gigante, ante centenares de nuevos vestidos de blanco y sentados en sillas de plástico blanco, son proyectadas las palabras que la megafonía anuncia (o redunda): «Nacemos en la materialización. El problema es que nos materializamos con recuerdos y éstos nos dicen que es posible otra forma de aparecer, que el ser humano nace del vientre de mujer, después de nueve meses de gestación, que nacemos sin lenguaje ni memoria, que éstos se van adquiriendo en el proceso de aprendizaje. Sin embargo, sabemos que eso es falso. Que nacemos al margen de la sexualidad. Que nacemos a cualquier edad. El gran misterio es de dónde venimos. Deben asumir eso si quieren vivir. Sobrevivir». «¿Te han hablado de los adivinos?», le susurra al Nuevo el adolescente, agachándose para que los instructores no vean que habla en plena lección. «Los he visto», responde el Nuevo, «cobran más de cien pavos.»

Roy pedalea insistentemente: dos grandes bolsas de sudor le crecen a la altura de las axilas. Cuando aparezca su mujer, dejará la bicicleta, se pondrá una sudadera, le cogerá las manos. «Maldita sea, Roy, sabes lo que me ocurre de vez en cuando, sabes que pierdo el control, que mis interferencias son mucho menos amables que las tuyas.» Selena está apoyada en la pared. Se frota las manos nerviosamente. Roy se le acerca, con pasos cortos, mientras dice: «Hace poco recordaste que eras madre, cuando me lo con-

taste te sentí tan cerca…». «Ni siquiera sé si era un recuerdo verdadero, recordé la maternidad, la idea de maternidad, pero no vi ningún bebé entre mis brazos; además, Roy, sabes que no podemos vivir juntos, sabes que soy peligrosa…» Se abrazan. «Podemos superar este obstáculo, si queremos, podemos ser más fuertes, no sé, con tu terapia, quizá… encontrar la manera de…» «Te quiero, todo esto es absurdo, pero te quiero.» Se han dado un beso, mientras hablaban, intermitente, dialogante, encadenado.

En el aula hay quince niños y una profesora. Ellos dibujan con lápices de colores, mientras ella se pasea por entre los pupitres, observando, matizando, apuntando, sugiriendo. Jessica ha dibujado a un hombre blanco y a una mujer negra, cada uno en una mitad de la hoja: el hombre sobre fondo negro, una línea insegura en el ecuador exacto, la mujer sobre fondo blanco. La profesora se sonríe apenas, pero con un rictus de preocupación, o de tristeza. Se dirige al ordenador que hay incorporado a su mesa: teclea algo; a continuación, activa la música ambiental. Jazz. Las retinas de algunos niños se aceleran.

En la balanza, 79 kilos; en la cara, satisfacción. Se afeita: se mira en el espejo, limpia la cuchilla con el chorro de agua, levanta de nuevo la vista. Mientras se esté mirando en el espejo del cuarto de baño, a Roy se le aparecerá algo –invisible–, algo que le provoca, como siempre, una turbación radical. «Mierda»: se ha cortado con la cuchilla. En ese momento sale Selena de la ducha, desnuda, mojada. «¿Estás

bien?» «Sí, sí, ha sido otra maldita interferencia.» Ella lo abraza, desde atrás, por la cintura. «Sigo en los 79, de modo que el primer objetivo de la bicicleta se está cumpliendo… Pero las interferencias se siguen multiplicando…» Se miran en el espejo tatuado de vaho. «Los médicos dicen que la gimnasia ayuda, pero no esperes un milagro.» Se sostienen la mirada. «Lo he estado pensando», dice ella, un beso en el cuello, «creo que… de acuerdo», un segundo beso, en la sangre de la mejilla; mientras tanto, él sonríe y la mira en el espejo y con las dos manos, en un abrazo inverso, le acaricia la parte baja de la espalda, donde nace o muere su cicatriz dorsal.

«¿Qué has aprendido en este centro de integración?», le pregunta un funcionario al Nuevo. «Que tengo que buscar un nombre.» «En efecto, es importante encontrar tu nombre, aquí no te podemos recomendar oficialmente que vayas a un adivino, pero pronto descubrirás que lo hace todo el mundo. Tu patrón es bueno. Tienes habilidades potenciales y una inteligencia desarrollada dentro de las coordenadas normales. El Gobierno te hace entrega de tu documento de identidad numérica, a la espera de que descubras tu identidad verbal», le da una tarjeta, «asimismo, te corresponde una pequeña suma», le entrega un sobre «confiamos en que, una vez hayas completado tu proceso de adaptación a la ciudadanía y te sientas un viejo ciudadano, recuerdes lo que hicimos por ti.» En la tarjeta hay una fotografía y un número, sobre fondo blanco; en el sobre, un billete.

La profesora llama a la puerta; y la abre con suavidad. Las dos niñas están sentadas en sus respectivos escritorios, haciendo los deberes: le sonríen. «Ha llegado tu momento, Jessica.» Aura le coge la mano. «Mucha suerte», se abrazan. La profesora y la niña suben al ascensor. Bajan veintitrés pisos. En la sala de espera están Roy y Selena: la niña corre a abrazarlos. «Te esperamos aquí, pequeña.» La profesora la toma de la mano y la conduce hacia la gran puerta que hay al fondo de la sala: entran. Llega la directora por la izquierda, con una carpeta en las manos: «Me ha alegrado mucho su decisión, ya saben que el Gobierno se ocupa de todo hasta los dieciocho años, que ustedes sólo tienen que trabajar con ella el aspecto familiar, durante los fines de semana y las vacaciones. Se puede decir que, si firman aquí y aquí, Jessica será como su hija».

«Siéntate, hija, siéntate.» La profesora se va. Jessica se queda a solas con un anciano exquisitamente atildado, que tiene ante sí una computadora liviana, casi transparente; la retira unos centímetros hacia un lado. «No te preocupes, relájate, lo que vamos a hacer es por tu bien, a ver, dame las manos.» El anciano comunica paz. Jessica está tranquila. El sol luce entre los rascacielos, al fondo, llenando de luz el gusto clásico con que la habitación ha sido decorada. Sitúa las manos sobre las del hombre. Se entrelazan. Entonces, los ojos de él se ponen en blanco. Como si se hubieran girado, simultáneamente. «Ahora voy a contarte lo que veo,

qué había en tu vida anterior, cuál es tu pasado, Jessica, cuál es tu identidad.»

«Es nuestra última noche aquí.» El Nuevo y el adolescente, los ojos completamente abiertos, susurran en el dormitorio excesivo. «Yo me quedo unos días más», interviene un anciano vecino, de espaldas a sus interlocutores, «hasta que no venza la angustia no puedo salir.» «¿Te dejarán?», le pregunta el Nuevo. «Hasta ahora he pedido tres prórrogas y me las han concedido, no sé cuántas son el máximo.» Hay lástima en el rostro del adolescente. «No puedo salir», prosigue el anciano, «con esto que siento dentro, algo que no me ahoga ni me oprime ni me agobia, sino que me desgarra por dentro.» Hay enajenación en sus ojos. Una negritud que se expande desde la pupila hacia la piel del rostro y hacia las sábanas, blancas. El Nuevo y el adolescente escuchan desde sus camas. Lentamente, se quedarán dormidos; no así el anciano, cuyos ojos de superviviente continuarán enfrentados a su propia oscuridad.

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2014

© Jorge Carrión, 2010
Según acuerdo con Literarische Agentur Mertin, Inh. Nicole Witt e. K. Frankfurt am Main, Alemania.
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 7782-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-49-1
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6080-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)